

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CONSTRUCCIONES FEMENINAS Y MASCULINAS?

Ana Elena Castillo Víquez*

ABSTRACT

The aim of this article is to define the masculine or feminine constructions, to give their historical background and the factors that should be taken into account in order to determinate them: the history, the culture, the nationality, the age, the position in the productive system organization, the ethnic and the social class. At the same time, points out the importance of the terms as a tool in the textual analysis.

Key words: textual analysis, masculine construction, feminine construction, symbolic construction, tool.

RESUMEN

El presente artículo define el concepto de construcciones (masculinas o femeninas), expone sus antecedentes históricos, los factores que se deben tomar en cuenta para determinarlas: el contexto histórico, la cultura, la nacionalidad, la edad, la posición en la organización del sistema productivo, la etnia y la clase social. Asimismo, señala la importancia del término como una herramienta teórica importante dentro del análisis textual.

Palabras clave: análisis textual, construcción masculina, construcción femenina, construcción simbólica, herramienta teórica.

1. Una anotación preliminar importante: el proyecto simbólico de Bourdieu

Tal y como lo expresa Pierre Bourdieu en el libro *La dominación masculina*, la eternización de lo arbitrario ha sido un accionar, en nuestras sociedades, que puede desafiar el más minucioso razonamiento o lógica que tratemos de buscar para explicar aquello que tiene tintes de, valga la insistencia, eternidad y atemporalidad. Es lo que el autor llama *la paradoja de la doxa*; cómo ese orden del mundo, con sus sentidos únicos y direcciones prohibidas, literal o metafóricamente hablando, ha sido respetado

sin más rebeliones o locuras; y, aún más sorprendente, es el hecho de que este orden establecido se perpetúe y con él las relaciones de dominación, los derechos y atropellos, sus privilegios y sus injusticias. Por tanto, las condiciones de existencia más intolerables en la sociedad sean tomadas como aceptables y, más aún, sean catalogadas como naturales.

Es a partir del razonamiento anterior que Bourdieu nos habla de la violencia simbólica, esa que es arbitraria, casi invisible y que transita en los caminos (así los llama él) del conocimiento y la comunicación y es una de las columnas que contribuye al establecimiento del orden del mundo tal y como lo conocemos

* Profesora de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: anaelcastillo@hotmail.com

hoy en día. Es en este punto donde un nuevo campo de acción es abierto pero, ante todo, un espacio para el replanteamiento y el análisis ha sido expuesto. Aunque Bourdieu plantea la situación de forma directa, ya Virginia Wolf había sugerido este proyecto, esta operación propiamente simbólica, hacía algunos años. Era claro para ella, como lo es para muchos sociólogos y académicos en este momento, que la división entre los sexos tal y como la conocemos hoy en día fue producto de un complejo proceso simbólico, arbitrario y violento, instaurado por un prolongado trabajo colectivo de socialización. Wolf instaba precisamente a que se realizara este tipo de investigación científica, y fue a partir de los resultados de Bourdieu, en su estudio de la tradición de la Cabiria¹ que se evidenciaron muchos de los procesos simbólicos que participaron en la historia y en la constitución del orden establecido, como lo conocemos y aprobamos hoy. Precisamente uno de los resultados de su investigación fue exponer el proceso simbólico y de socialización que culminó al evidenciar la construcción social naturalizada del género. Ella fundamenta la división arbitraria de los sexos que habita (por así decirlo) la realidad y la representación de la realidad. Es una construcción social arbitraria de lo biológico, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus funciones y las costumbres que van desarrollando. Esta revolución en el conocimiento se espera que tenga consecuencias directas en la práctica, pues la perpetuación de cualquier forma de dominación, en nuestro caso la del género, no va a residir en los lugares más visibles (la unidad doméstica) sino en instancias como la Escuela y el Estado que transmiten y perpetúan las construcciones simbólicas.

Decir esto es afirmar, al mismo tiempo, el papel fundamental del lenguaje, en los procesos comunicativos y en la transmisión del conocimiento. Este conocimiento oficializado (en la Escuela y el Estado) es portador de la ideología dominante, la cual impregna al lenguaje de sus múltiples poderes o, como los nombra Roland Barthes en su lección inaugural de la Cátedra Semiología lingüística del College de France, de

sus demonios. Y es que lo simbólico tiene entonces, mediante el lenguaje uno de los canales de transmisión más eficaces. En este sentido, la literatura, junto a los procesos históricos que la enmarcaron y gestaron, es un medio que plasma lo simbólico (lo congela por un instante) permitiendo evidenciar lo que en determinada época existía en cuanto a ideología, visión de mundo, etc. Algunos críticos, incluso, han pretendido un tipo de lectura llamada antropológica donde el lector actual se aproxima al texto como un lector de la época. Sin ir más allá, es clave para realizar cualquier análisis iniciar tomando en cuenta los principales aspectos históricos que enmarcaron la producción textual y cómo por medio del lenguaje se van plasmando esas construcciones simbólicas que, al mismo tiempo, son gestadas y transmitidas, son oficializadas, y hoy por hoy continúan siendo pilares de un orden establecido.

Es importante recordar que al trabajar con textos literarios estamos trabajando en el orden de la representación, es decir, se pueden impugnar los efectos simbólicos de legitimación. Más adelante se propondrá la utilización de una teoría con este fin.

Cuando hablamos de *los efectos simbólicos de legitimación* estamos refiriéndonos a aquellas construcciones simbólicas cuyo efecto dio legitimidad a una división arbitraria entre los sexos. Bourdieu (2000: 22) lo aclara en la siguiente cita:

El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos.

En este sentido, la diferencia biológica (es decir, la diferencia anatómica entre los cuerpos masculinos y femeninos) aparece como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, especialmente la división del trabajo. El cuerpo y sus movimientos están sometidos a un trabajo de construcción social, pues biológicamente no están ni completamente determinados ni

completamente indeterminados; por tanto, el simbolismo que se les atribuye es *convencional* y *motivado*, percibido casi como natural.

R.W. Connell tiene una propuesta interesante que se complementa perfectamente con el lineamiento anterior. Precisamente, la definición de lo que es masculinidad o femineidad comienza con la palabra “configuración” que, traducida, es configuración o, aún mejor, construcción. El autor en su libro *Masculinities* hace, no sólo una reseña histórica, sino que plantea la situación de la masculinidad en toda su dimensión social. Basándonos en un resumen de las ideas y del análisis de Connell, expondremos a continuación algunas directrices que nos contextualizarán los términos en estudio.

No obstante, antes de adentrarnos en el estudio de Connell, es fundamental aclarar que ni la masculinidad ni la femineidad son objetos rígidos. Lo masculino y lo femenino son en realidad construcciones (simbólicas e históricas al mismo tiempo). Observemos que no hablamos de *la construcción*. En concreto, la idea principal es que los análisis contemporáneos de las relaciones de género proveen una forma para distinguir tipos de masculinidades y femeneidades. En este punto, lo más importante es un entendimiento de las dinámicas de cambio que ocurren en estas construcciones. No están fosilizadas, aunque si traen una herencia simbólica. Recordemos que si hay una constante dentro de las estructuras es su dinámica y su movimiento. No tratamos con objetos aislados (son producto de la socialización) sino que, con el análisis, en un momento de equilibrio, es cuando se puede establecer un modelo que será, además, una herramienta conceptual muy valiosa. En otras palabras, cuando logramos determinar alguna construcción estaremos trabajando con un modelo, que si continuamos con su análisis variará inevitablemente, aunque sea en algunos aspectos. Este modelo, entonces, podrá compartir características con otros modelos que le preceden por su herencia simbólica pero debemos estar atentos a los cambios y fluctuaciones debido a que las sociedades también están en constante movimiento.

2. Aproximación al término construcción: su historia

Tal y como lo plantea Connell, al iniciar debemos recordar que todas las sociedades tienen consideraciones sobre el género, pero no todas tienen el concepto de masculinidad o femineidad. En su uso actual y, valiéndonos de una generalización, si se dice que una persona es femenina, por ejemplo, se asume que es pasiva y no violenta, conciliatoria y no dominante, que no maneja bien o que no le interesa la conquista sexual.

Desde esta perspectiva, continua Connell, el concepto es muy relativo. En otras palabras, un término está en relación con el otro: la masculinidad no existe sino en contraste con la femineidad. Se enfoca la diferencia individual y la acción personal desde puntos antagónicos prácticamente. Una cultura que no tome a los hombres y a las mujeres como portadores de un tipo de carácter polarizado, en principio no tiene un concepto de masculinidad o femineidad.

Ahora bien, la investigación histórica sugiere que esto era así, por ejemplo, en la cultura europea antes del siglo dieciocho. Las mujeres, sin lugar a dudas, eran vistas de forma diferente a los hombres. En este caso específico, lo femenino era diferente en el sentido de caracterizar a ejemplares inferiores del ser humano (tenían menos facultades de razonamiento).

Al tomar como base lo anterior, desde la perspectiva que pretendemos establecer en el artículo, podemos afirmar que el error de muchas definiciones de masculinidad o femineidad, que han surgido a través de diferentes épocas históricas, ha sido el no tomar en cuenta la diversidad cultural, las diferentes estratificaciones sociales y las coyunturas históricas tan diferentes entre sí. En estas definiciones tradicionales lo que varía es la estrategia que utilizan para caracterizar lo que es masculino o lo que es femenino. En síntesis, puntualizando lo expresado por Connell, podemos ubicar cuatro estrategias fundamentales, distinguibles fácilmente y en la práctica muy combinables.

La esencialista. En este tipo de definiciones se escoge un rasgo que define el centro, la médula

de lo que es, por ejemplo, la masculinidad. El primero que flirtea con una definición esencialista de la masculinidad es Freud al hacer una ecuación entre la actividad masculina y la pasividad femenina. Él termina por admitir que ésta es demasiado simplificada. Los intentos de autores posteriores por tratar de captar la esencia de la masculinidad han sido muy variados; los hombres son arriesgados, responsables, o son irresponsables, son dominantes, etc. dependiendo de cada autor. Una de las más directas es la propuesta por el sociobiólogo Lionel Tiger, citado por Connell, para quien la verdadera masculinidad (fundamental para garantizar la relación tradicional que se hace entre los conceptos de hombre y guerra) es producida por un fenómeno fuerte y pesado.

La debilidad del enfoque esencialista es bastante evidente: la escogencia de la esencia es sumamente arbitraria. De hecho, los esencialistas pocas veces están de acuerdo entre ellos mismos.

La ciencia social positivista. Esta propone una definición simple de masculinidad y de femineidad: lo que los hombres son o lo que las mujeres son, basándose en la observación de los hechos. Es la aplicación de la lógica tradicional y básica que se utiliza para clasificar la masculinidad / femineidad (M / F) en psicología. Los psicólogos, por ejemplo, describen el patrón de vida de los hombres en determinada cultura y, lo que sea que resulte, es llamado el patrón de la masculinidad. Encontramos aquí tres dificultades. Primera, las aparentes descripciones neutrales no son tales en la medida en que se basan en ideas preconcebidas del género. Al empezar una escala de este tipo, es obvio que ya está preestablecido en la mente del investigador, qué listar cuando se hacen los ítems. Segunda, se requiere que las personas sean colocadas en las categorías de hombre / mujer y para esto, como lo demuestra el estudio etnometodológico sobre investigaciones de género de Suzanne Kessler y Wendy Mc Kenna, se utilizan tipologías basadas en el sentido común y tradicional que tenemos del género. Tercera, definir la masculinidad como lo que los hombres son, es excluir las posibilidades de “mujeres masculinas” u “hombres femeninos”, incluso el poder hablar de

acciones o actitudes masculinas y otras femeninas, independientemente de quien las realice. Lo cierto del caso, apunta Connell, es que el procedimiento positivista se basa en muchas tipificaciones que están en investigación en este momento.

Este punto es crucial para el análisis del género. Si solo se hablara de las diferencias entre hombres y mujeres como un bloque, no se necesitarían los términos masculino y femenino, bastaría con hombres y mujeres. Estos términos van más allá de las categorías basadas en las diferencias sexuales; éstos llegan a establecer patrones y formas en los cuales los hombres difieren entre ellos y las mujeres también.

La normativa. Las definiciones normativas reconocen estas diferencias y ofrecen una medida: la masculinidad es lo que debería ser, igual que la femineidad. Frecuentemente encontramos estas definiciones en los medios de comunicación. La teoría sobre el rol sexual define estrictamente a la masculinidad y a la femineidad como una norma social para el comportamiento del hombre y de la mujer. Un ejemplo en Estados Unidos, propuesto por Connell, podría ser el actor John Wayne. En la práctica, pocos hombres o mujeres logran alcanzar la norma impuesta. Entonces, cabe preguntarse: ¿qué hay de real y estándar en una norma que casi ningún hombre o mujer puede alcanzar? Se trabaja con el supuesto de que el rol y la identidad se corresponden. Este supuesto es la razón por la cual las teorías del rol sexual se adscriben y dirigen hacia el esencialismo.

El enfoque semiótico. Este abandona el nivel de la personalidad y define la masculinidad mediante un sistema simbólico de diferencias en las cuales el lugar de lo masculino y de lo femenino se contrasta. La masculinidad es, en efecto, definido como lo no femenino. En esto se sigue la fórmula de los lingüistas estructuralistas, para quienes los elementos del discurso son definidos por sus diferencias. En el caso del sistema de la lengua, éste funciona, precisamente, por las diferencias (los fonemas). El enfoque es muy usado por el feminismo, los análisis postestructuralistas y los psicoanalistas lacanianos. Observemos que el enfoque va más allá de la

producción de un simple contraste entre la masculinidad y la femineidad. En la oposición semiótica, masculino es el término no marcado, el lugar de la autoridad simbólica. El falo es un significante maestro (superior) y la femineidad es definida simbólicamente con un vacío.

Aunque es mucho menos arbitraria que las definiciones esencialistas, y menos incongruente que las normativas y positivistas, esta estrategia, señala Connell, es muy limitada en el campo. Para tener una perspectiva amplia sobre la variedad de aspectos de la masculinidad y de la femineidad, habría que considerar relaciones de otro tipo: sus posiciones en los sistemas producción y de consumo, en las instituciones y los ambientes naturales.

En este punto, debemos tener presente que, más allá de definir la masculinidad o femineidad como un objeto (un tipo de característica natural, el promedio del comportamiento, una norma) es fundamental enfocarnos en las relaciones por medio de las cuales los hombres y mujeres conducen sus vidas. La masculinidad y la femineidad ocupan simultáneamente un lugar en: las relaciones de género, es decir, en las prácticas mediante las cuales los hombres y las mujeres toman su lugar en la sociedad, y en los efectos de esas prácticas en los movimientos corporales, la personalidad y la cultura.

Ahora bien, cuando hablamos de relaciones de género las estamos definiendo como una práctica social que constantemente hace referencia a los cuerpos y a lo que los cuerpos hacen pero no es sólo una práctica reducida al cuerpo biológico. En este punto, la referencia es a un proceso histórico que incluye el cuerpo. Este enfoque que da Connell está en concordancia con la postura de Bourdieu, para quien las construcciones simbólicas que encaminaron la actual división sexual son producto de un complejo proceso de socialización (iniciado históricamente), bastante arbitrario a la hora de instituirse; sin embargo, es tomado como natural pues se basa en la diferencia anatómica entre hombres y mujeres. Connell, a su vez, coincide en este punto ya que afirma que el género existe precisamente en la medida que lo biológico no determina lo social. Él marca uno de esos puntos de transición donde el proceso histórico sobrepasa la evolución biológica como forma

de cambio. De lo contrario, ningún tipo de cambio podría llevarse a cabo pues estaríamos siempre con una base biológica y evolutiva determinándonos irremediamente y nos remitiríamos a hablar de hombres y mujeres con características precisas y estáticas.

Con el fin de aclarar aún más el punto anterior, es necesario puntualizar las propuestas de ambos teóricos. Bourdieu plantea que, por la observación de ciertas características anatómicas (composición corporal) entre los cuerpos del hombre y la mujer y algunos movimientos corporales específicos de cada cuerpo, se asocia al hombre con el afuera y a la mujer con el adentro, al hombre con el arriba y a la mujer con el abajo (solo por citar algunos ejemplos), y de allí se desencadenan una serie de asociaciones simbólicas que establecen una división no natural que van a condicionar las labores y los espacios asignados a hombres y mujeres. A esto es lo que vamos a llamar herencia simbólica, la cual impregna con sus características las construcciones masculinas o femeninas. Tomemos la siguiente asociación para ilustrar el mecanismo: lo femenino asociado a lo interno, por ende, al espacio del adentro, de la casa y de allí a las emociones que se generan en el interior del cuerpo. Por tanto, lo femenino asociado a lo emotivo, a la casa y al hogar. Tengamos presente que estas asociaciones simbólicas heredadas son producto de la historia y los procesos de socialización. En este aspecto es donde coincide Connell cuando apunta que se debe tomar al cuerpo y lo que los cuerpos hacen en las prácticas sociales. Él lo llama relaciones de género y de allí partimos para estudiar las construcciones masculinas y femeninas. Este autor incluso amplía aun más el campo de análisis pues, sin mencionar la herencia simbólica, no limita el análisis a este aspecto sino que insta a tomar en cuenta los procesos de cambio y la historia que ocurren en las sociedades y que influyen directamente las construcciones masculinas y femeninas. Dentro de la propuesta de nuestro artículo, se utiliza y se justifica entonces el uso de la palabra construcción, es decir, ese algo que se va construyendo a partir de la herencia simbólica, la historia y los procesos de socialización (que incluyen las prácticas sociales).

En este mismo sentido, recordemos que *la práctica social* es creativa e inventiva, pero no es reciente. Tal y como Connell lo desarrolla, ella responde a situaciones particulares y es generada dentro de estructuras definidas en las relaciones sociales. Las relaciones de género, es decir, las relaciones entre las personas y los grupos organizados forman una de las más grandes estructuras de las sociedades, documentadas hasta la fecha.

La práctica social es realizada por las *personas* en sus respectivas *situaciones históricas* y no produce actos aislados. Las acciones que realicen van a configurarse en unidades grandes y, cuando hablamos de masculinidad y femineidad, estamos hablando de las características particulares asignadas a esos bloques grandes, en un momento histórico determinado, como dijimos anteriormente, éstas dependen de las acciones realizadas por las personas cuando se relacionan socialmente.

Emilia Macaya, en su artículo “La construcción de la femineidad en la literatura de Occidente: su génesis en el mito grecolatino”, apunta al respecto:

De este modo y dejando de lado la obvia diferenciación biológica entre los sexos, es posible abordar el significado de “lo femenino” y “lo masculino” como mitos culturales variables o, lo que es lo mismo, en tanto construcciones sociales relativas, ya que están sometidas a las diversas presiones que afectan la vida cultural, dentro de los juegos de poder imperantes. (1999: 206)

Connell va más allá e incluso afirma que “construcción” es tal vez un término muy estático. Lo importante es el proceso de construcción. Desde un punto de vista dinámico, podemos entender entonces la masculinidad y la femineidad como proyectos. En otras palabras, no lo enfoca al mito (que suele ser más estático) sino que la construcción de la masculinidad y la femineidad van a ser proyectos en el aspecto social (y van a variar según la época histórica). Macaya, en un primer momento, apunta la definición de construcción hacia el mito. Desde esta perspectiva podríamos afirmar que de alguna manera alude a esas características heredadas

simbólicamente y que el mito irrefutablemente consolida, pero cuando acepta la variación es en término de los juegos de poder de los grupos dominantes. Aunque es innegable lo que el poder de los mencionados grupos puede hacer en una sociedad, hay que considerar que este no es absoluto ni único, sería más pertinente hablar de los poderes, y que éstos los ejercen en forma más evidente los sectores dominantes pero también los grupos no dominantes, aunque en menor medida y de forma no tan evidente. Otra consideración importante es que los poderes se caracterizan por ser cambiantes e influenciados ya que existen en las sociedades muchos factores y variables que hacen dinámico su ejercicio, a pesar de ciertas constantes a través del tiempo.

Ahora bien, siguiendo los lineamientos de Connell, claro está que cuando hablamos de construcciones femeninas o masculinas, vamos más allá de lo biológico, de los seres humanos para ser más precisos. Recordemos que los cuerpos y lo que los cuerpos hacen conforman grupos de acciones que forman, a su vez, bloques grandes con determinadas características y con espacios designados a cada uno. De estos espacios y características se impregnan no solo las personas sino las instituciones sociales y los lugares físicos. Por lo tanto, hay un tercer aspecto importante por mencionar: no sólo los individuos sino las instituciones como el Estado, el lugar de trabajo y la escuela están inmersos en lo femenino y lo masculino. Muchos encontrarán difícil de aceptar que las instituciones estén sustancial, no metafóricamente, construidas a partir de lo masculino o lo femenino. En nuestros días, por ejemplo, el Estado, es una institución masculina. Esto quiere decir que desde la división interna del trabajo, el reclutamiento y la promoción, hasta el sistema de control, las políticas y el consenso están contruidos específicamente como masculinas. Estas construcciones son sociales y no biológicas, y se hace muy evidente cuando ellas son desafiadas. En Costa Rica incluso se hizo necesario hacer una ley para asegurar un cupo de participación femenina en puestos políticos. Es triste pensar que esto suceda de esta manera porque el hecho de ser una mujer no significa que está capacitada para ejercer la función asignada, como tampoco

lo garantiza el ser hombre, son otras las consideraciones que se deberían tomar en cuenta. Sin embargo, dada la masculinización del Estado, se entiende el porqué de la ley. Otro ejemplo lo podemos observar en las carreras universitarias. Es muy conocido la masculinización o feminización de ciertas carreras. Nótese que esto no quiere decir que una mujer o un hombre tengan prohibido el ingreso a ciertas áreas si cumplen con los respectivos requisitos. Estamos hablando que estos espacios tienen una construcción con características específicas que los hacen masculinos o femeninos según sea el área a la cual nos referimos. Estas características tienen una herencia simbólica muy fuerte que impregna la construcción. Lo que nosotros comúnmente percibimos es una sensación de que tal o cual carrera es muy femenina o masculina.

Retomando algunas de las ideas de Connell, es fundamental definir tres campos que intervienen directamente en las construcciones que definimos. Aparte de estos factores, recordemos que ya Macaya nos remitió a la influencia que tienen en las construcciones los juegos de poder de los grupos dominantes, Bourdieu nos adelantó cómo las asociaciones simbólicas nos condicionan, especialmente en relación con el trabajo y las labores asignadas socialmente. Veamos, entonces, cómo se definen los campos según Connell. No perdamos de vista que estos tres factores, influyentes en las construcciones, están interrelacionados.

Las relaciones de poder. En el orden actual, es la estructura que las feministas² han llamado patriarcal. Esta estructura sigue existiendo a pesar de algunos reveses. Es la dominación masculina ante la subordinación femenina. Sin embargo también se toma en cuenta el poder institucional y otros.

Las relaciones de producción. Existe una división del trabajo con tareas específicas que, en algunas ocasiones, alcanza detalles muy finos. Especial atención merecen las consecuencias económicas de esta división sexual del trabajo; en una economía capitalista la división de las labores está marcada por el género, al igual que la acumulación

del capital. No es un accidente estadístico sino parte de la construcción social de la masculinidad que los hombres, y no las mujeres, controlen las grandes corporaciones y las inmensas fortunas privadas.

Cathexis. El deseo sexual es visto comúnmente como natural y es, por tanto, excluido de la teoría social. No obstante, es un aspecto que debe considerarse pues constituye un asunto medular que, como algunas feministas han señalado, tiene consecuencias directas en la política.

Veamos, en un ejemplo concreto, cómo se relaciona uno de los factores mencionados con las construcciones, tomemos las relaciones de poder. Concretando podemos afirmar que las masculinidades del hombre blanco están construidas, no sólo en relación con la mujer blanca, sino en relación con el hombre negro. En Estados Unidos, los afroamericanos han sido constantemente representados en cárceles, así como los hombres aborígenes en Australia. Hay aquí una clara fusión entre la masculinidad blanca y el poder institucional. Otro ejemplo, que Connell expone en su libro, es el que podemos encontrar en la Inglaterra industrial del siglo diecinueve. Ahí se construyó un ideal de virilidad, valor y autorespeto, en la clase obrera masculina, como respuesta al empobrecimiento de esa clase y a las estrategias paternalistas de la administración. Al mismo tiempo y en la misma forma fue definido ese ideal en contra de la clase obrera femenina. La estrategia del “salario familiar” que, por mucho tiempo, ha depreciado los salarios de las mujeres en las economías del siglo veinte, creció en esa coyuntura, como lo demuestra el trabajo de Sonya Rose, *Limited Livelihoods* (1992).

Ahora bien, partiendo de las necesidades que tenga una determinada sociedad en la producción de sus bienes, así va a incentivar y fomentar la construcción de masculinidades y femeneidades. Este aspecto productivo va de la mano con el momento histórico. Si analizamos, por ejemplo, la construcción masculina de los campesinos, en el caso de Costa Rica, de los labriegos sencillos, ésta va a diferir de la construcción masculina de los hombres blancos de

clase alta cuyo papel en el sistema de producción difiere mucho de los primeros. Y es a su vez innegable la relación estrecha con la historia: la fundación de la nación estado costarricense. En efecto, son proyectos que se apoyan unos a otros.

Sin lugar a dudas podemos afirmar en este artículo que las construcciones de las masculinidades y la femeneidades, referidas en un primer momento a las personas, interactúan con los grupos étnicos y la clase social. También se puede agregar que interactúan con la nacionalidad y la posición en los sistemas de producción (este último referido principalmente al lugar que se ocupa en los puestos de trabajo que se ejercen oficialmente). Esto es aceptar la influencia de los centros de poder en la construcción de la masculinidad o la femeneidad. Por lo tanto, no es lo mismo la construcción de una masculinidad en un hombre blanco de clase alta costarricense, un hombre negro de clase media costarricense o un campesino blanco de clase baja nicaragüense. Esto es interesantísimo porque los intereses en la producción y las necesidades laborales de una sociedad van a cambiar. Por lo tanto, las construcciones van a modificarse. Rastrear todas estas construcciones con todas sus particularidades y lo que hoy se está gestando es un trabajo investigativo por hacerse. Tómese en cuenta que la organización de los sistemas de producción va a responder a momentos históricos particulares. Nuevamente hay un nexo histórico imprescindible y clave. Por la importancia de este factor a continuación se explicará más detalladamente.

Una de las afirmaciones más contundentes la hace Connell al decir que el género, como estructura social, es un producto de la historia. Desde esta lógica, entonces, también lo van a ser las construcciones de lo masculino y lo femenino. Y, de este modo, entra en consideración otro aspecto crucial. Ellas van a ser formadas y transformadas en el tiempo. Esto quiere decir que se pueden estudiar y analizar las relaciones de género y sus construcciones en una determinada época histórica para determinar porqué se forman así. Recordemos que Bourdieu (2000) nos habla de dos niveles en los cuales podemos trabajar las construcciones simbólicas que han constituido el orden establecido: la realidad y la representación

de la realidad. En nuestro caso, trabajaríamos el nivel de la representación de la realidad (la literatura y el lenguaje) y cómo se construyeron y se transmitieron las construcciones de lo masculino y lo femenino en, valga el énfasis, una determinada época histórica. Es decir, a qué tipo de coyuntura respondieron y responden las diversas construcciones. No perdamos de vista que lo histórico se relaciona con el factor étnico, la posición en la organización productiva, la clase social y la nacionalidad. Todos ellos nutren y moldean las construcciones.

Finalmente, como parte de la propuesta que se está formulando en este artículo, se recomienda considerar dos aspectos más que contribuyen en la formación de las construcciones. El primero de ellos es la edad. A modo de ejemplo, las masculinidades de los hombres jóvenes, ciertamente, van a diferir con las de los hombres mayores. Compartirán algunos rasgos pero otros cambiarán, incluso, un mismo rasgo puede tomar diferentes connotaciones según se desarrolle en masculinidades “más jóvenes o más viejas”. Igual sucede con las construcciones femeninas. El segundo aspecto a considerar es cómo se van formando las construcciones según los proyectos culturales. Nuevamente la situación histórica puede estar amalgamada con lo cultural pero no necesariamente. No obstante, este segundo aspecto presenta una limitación importante. Primeramente, definiremos el término cultura según la propuesta que Edmund Cros da en su libro *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis* (1997: 9):

La cultura puede ser definida –entre tantas posibles definiciones– como el espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad. Su característica fundamental es ser específica es ser específica: la cultura sólo existe en la medida en que se diferencia de otras y sus límites vienen señalados por un sistema de indicios de diferenciación, cualesquiera que sean las divisiones y la tipología adoptada (culturas nacionales, regionales, de clase, etc.).

Como bien lo podemos observar, la cultura al ser un espacio ideológico que puede

coincidir o no con uno físico hace más difícil su estudio, delimitación y, sobretodo, su definición. En un país existen de hecho diversas culturas que algunas veces corresponden con regiones o etnias pero muchas veces no es así. En otras palabras, la diversidad cultural es muy grande y, en concreto, poco estudiada. Sin embargo, este factor es fundamental dentro del proyecto de construcción de las femeneidades y masculinidades.

A la hora de realizar un análisis se puede optar por estudiar las construcciones masculinas y femeninas tomando dos factores, uno sólo o los que se consideren necesarios. Existe flexibilidad a la hora de investigar.

3. **La utilidad del concepto construcción (masculina o femenina)**

Desde la primera aproximación del lector a los textos, se encuentra con un mundo mágico que de forma sutil presenta historias, invenciones según algunos, otros las llaman realidades, y algunos otros buscan de la ficción establecer una verdad. Y es que la literatura es en sí misma un juego donde la realidad y la ficción se mezclan y los límites se confunden. Es ella en sí una paradoja latente con sus invenciones y sus realidades, y va congelando y dispersando, al mismo tiempo, un juego de significados, develándonos tanto su función de instrumento como su autonomía.

Y es a partir de esta dinámica que el análisis literario toma su vitalidad y se convierte en “ese algo” que nos permite la aproximación a la sociedad, a una tradición o a la vida desde diversos ángulos, enriqueciéndonos.

Una de las formas de aproximarnos al análisis textual es por medio del concepto de construcciones masculinas y femeninas. Es una herramienta teórica muy valiosa. Antes de evidenciar el porqué, es necesario revisar algunos de los postulados que Jacques Derrida plantea en su teoría deconstruccionista. En especial, el concepto de diferencia (*différance*) que es medular para relacionar los elementos. En el sistema de la lengua, una palabra cobra su identidad, no por la

existencia de un significado trascendental y absoluto (una especie de esencia), sino por el juego de las diferencias. Desde sus mismos orígenes, la primera palabra cobró significado frente a una segunda por la diferencia que se hizo entre una y otra. Si esto sucede en el sistema de la lengua, igual sucede con el yo. La diferencia con el otro es fundamental para constituir la identidad; así, el otro es necesario para que yo sea nombrado e identificado. Derrida también señala ese privilegio que existe en el sistema de pensamiento occidental hacia las esencias, los absolutos, las muy nombradas oposiciones. Se ven cada uno de los términos de una oposición como absolutos (es bonito o es feo). Él los llama jerarquías disfrazadas. No hay en la oposición una relación privilegiada; por el contrario, uno de los términos se yergue superiormente sobre el otro. Por tanto, hay un margen, un algo que ha sido dejado de lado, un suplemento.

Sin lugar a dudas entonces, no es pertinente seguir hablar de los hombres y de las mujeres como grupos antagónicos, pues estaríamos reforzando opuestos, en palabras derridianas, estaríamos afirmando jerarquías. Si lo vemos con detalle, podemos afirmar que entre hombres y mujeres hay una infinidad de diferencias en alternancia, especialmente si hablamos en términos de individuos. Ver los conceptos de hombre y mujer como absolutos nos puede llevar a una especie de trampa donde, incluso, podríamos ubicar los dos opuestos, justo como lo encaminan muchos grupos extremistas: al nivel de la rivalidad. En efecto, como vimos anteriormente, el primer error que cometeríamos sería estar asociando lo masculino y lo femenino al cuerpo biológico exclusivamente y no sería, entonces, necesario hablar de lo masculino y lo femenino, bastaría con las palabras hombres y mujeres. Sin embargo, lo más inquietante sería las generalizaciones absolutas y rígidas con que relacionaríamos cada uno de los términos. Lo masculino asociado al hombre y su cuerpo, haciéndolos sinónimos, y asignándoles al mismo tiempo ciertas características tradicionales y generales. Lo mismo sucedería con la parte femenina. Si continuamos haciendo esto, de alguna manera estaremos reforzando una

visión de la cual pretendemos salir dados los resultados sociales que ha generado.

Es grave, tal y como lo mencionamos anteriormente, el entender el mundo a partir de las oposiciones binarias que encontramos en la filosofía pues, en efecto, cada una de las partes que componen la oposición se ve como un absoluto y esto trae muchas consecuencias negativas. Entre ellas está el caer en una generalización totalmente inadecuada. Uno de los problemas con la generalización es que pasamos por alto las diferencias entre los seres humanos. De hecho, cada ser humano es en sí mismo diferente con respecto al otro; más aún, él mismo está compuesto (para utilizar algún término) de diferencias y paradojas. Ni siquiera la diferencia anatómica evidente entre hombres y mujeres es razón suficiente para generalizar, ya que las consideraciones físicas varían enormemente de un ser humano a otro; y no sólo eso, sino que lo afectan en diferente forma dependiendo de variables que van desde los niveles hormonales hasta la composición de su psique y su entorno. Si utilizáramos los conceptos de hombre y mujer como absolutos, caeríamos en un juego de oposiciones peligroso. Las definiciones esencialistas y normativas salen precisamente de estas generalizaciones ya que ellas arrastran una herencia simbólica muy consolidada en nuestras sociedades y que, a manera de recordatorio, tiene su origen en las oposiciones estudiadas por Bourdieu (2000). No es de extrañar, entonces, que de ellas se deriven, a su vez, los estereotipos tan nefastos que encontramos frecuentemente en la literatura y en las visiones de mundo que muchos seres humanos dan por verdades incuestionables y naturales.

Otro aspecto importante por tomar en cuenta es que, como bien se señaló anteriormente, en el sistema de las oposiciones, cada una de ellas es una jerarquía disfrazada. Es decir, uno de los términos será un centro y el otro un margen. La dinámica que este orden va a provocar es de antagonismo, de agresión, uno de los términos va estar en contra del otro; por consiguiente, no hay respeto a la diferencia e, inevitablemente, esto nos lleva a la intolerancia.

Ante esta situación, se opta por realizar un primer intento de ruptura de estos absolutos

(el hombre o la mujer, con características inamovibles), partiendo de unos conceptos más flexibles como lo son las construcciones masculinas y femeninas. Es innegable que la visión logocéntrica ha permeado y ha dominado la forma de organizarnos en sociedad, por ello es que tenemos definiciones normativas, esencialistas, estereotipos, intolerancia, etc. Y por esta razón es que las construcciones están vinculadas al modelo logocéntrico inevitablemente, pero aún dentro de ese sistema, nos permiten salir de esa generalización tan amplia de hombre / mujer o masculino / femenino y tomar en cuenta otras variables.

El género lo definió Connell (1995) como una forma de estructurar el cuerpo y lo que los cuerpos hacen (práctica social). Se afirma entonces que las construcciones masculinas y femeninas que salen de esas prácticas sociales interactúan con el factor étnico, la clase social, la nacionalidad, la posición en la organización de los sistemas de producción, la edad, la cultura y contextos históricos. Retomando las construcciones están insertas en procesos dinámicos y cambiantes, aunque sea redundante; por ello se limitan en el análisis a ciertas épocas históricas. También debemos recordar que las construcciones abarcan no sólo a las personas, sino los espacios y las instituciones. Lo que sí queda claro es que ya estamos tomando en cuenta otras variables que intervienen en la construcción de las masculinidades y femeneidades y empezamos a verlas no como una sola (la masculinidad o la femeneidad) sino como plurales y diferentes entre sí. Es decir, apuntamos más hacia la diferencia, lo que nos abre mucho el panorama aún dentro de un sistema que tiende al absolutismo y la generalización. Además ya separamos dos oposiciones que tendían a ser fusionadas: hombre, masculinidad y mujer, femeneidad.

Una consideración final pero no menos importante es que, para cumplir con el proyecto planteado por Bourdieu (2000) y expuesto al inicio del artículo, tendríamos que desarticular esa violencia simbólica que se construyó en complejos procesos de socialización y que se transmite por medio del Estado y la Escuela, en el nivel de la realidad, y del lenguaje y los textos, en el nivel de la representación. Justamente esta última área

es la que como analistas de textos podemos trabajar ampliamente. Más que una lucha es un trabajo de deconstrucción de todo aquello que ha promovido o provocado problemas, frustración y marginalidad a los seres humanos. Recordemos que siempre nos enfocamos en la idea de que el centro, en una oposición, está privilegiado y cómodo. No obstante, y sin negar que, en efecto, este tiene muchas ventajas que le dan poder y control, este aparente beneficio es tal en la medida que genera marginalidad, dolor y opresión. Una de las partes sufre mucho más las consecuencias negativas de la jerarquía pero a la larga, todos terminan perjudicados. Tengamos presente aquella paradoja que nos dice que el todo es la parte y la parte es el todo, desestabilizar o agredir la parte es desestabilizar o agredir el todo.

Por ello se sugiere aplicar el deconstruccionismo (como herramienta teórica) a las construcciones (atención a los términos *deconstruir las construcciones*) que desde el logocentrismo se han ido creando por medio de las oposiciones. Sin embargo, el simple hecho de evidenciar las construcciones (primera fase de la deconstrucción), los factores que las condicionan y la herencia simbólica que poseen es un gran paso en esta tarea intelectual que apenas se está abriendo paso.

Conclusiones

1. Propongamos el siguiente paralelismo. Como podemos ver las construcciones materiales (un edificio, por ejemplo) no tenemos objeción alguna en aceptarlas como reales. Entendemos perfectamente la influencia del arquitecto, de la zona geográfica (lugar), del contexto histórico (o el momento histórico) y de la cultura en su formación. Pues en igual medida existen construcciones simbólicas (llamémoslas así) pero no por eso menos reales. Éstas son tan concretas como las primeras. Ahora bien, las construcciones materiales se pueden determinar en un espacio físico muy específico, las construcciones simbólicas se pueden determinar, por el momento, en el lenguaje y en los textos, allí es donde quedan plasmadas. Una se ubica en el

nivel material y la otra en el nivel del pensamiento. Ambas construcciones se nutren de diversos factores que las van gestando: una época histórica determinada, la cultura donde se edificaron, el factor étnico, etc. Dentro de las construcciones simbólicas encontramos varios tipos. Un tipo de construcción fue el magistralmente determinado por Benedict Anderson en su libro *Imagined communities*. Sí, en efecto, estamos hablando de las famosas comunidades imaginarias en las cuales vivimos: las naciones estados. Nadie se atrevería a decir que son no son reales. De hecho tan reales son que las amamos y hay quienes hasta están dispuestos a morir por ellas. Otros tipos de construcciones simbólicas son las construcciones masculinas y femeninas. Por supuesto que las primeras construcciones simbólicas que mencionamos como ejemplo responden a un proyecto diferente a estas segundas. Sin embargo, ambas son construcciones imaginarias. Tenga el lector cuidado con la palabra simbólicas pues ésta tiene en el lenguaje coloquial una connotación que apunta a “imaginarias”. En nuestro caso, pensemos en la imagen y no en la fantasía (alguien con mucha imaginación, es también muy fantasioso), porque como bien es sabido lo fantasioso habita el mundo de lo irreal. Por el contrario, las construcciones simbólicas impregnan e influyen las sociedades y las mentes de los seres humanos de forma impresionante. En otras palabras, pueblan los niveles del pensamiento humano y, este último, se apropia de la realidad según lo que estas construcciones simbólicas vayan estableciendo. Evidentemente no es lo único que encontraremos en el pensamiento humano pero sí repercuten de manera importante.

2. Las construcciones simbólicas las van gestando y moldeando diversos factores. Por ejemplo, puede coincidir que el proyecto histórico sea concordante con el proyecto de formación de un tipo de construcción femenina, puede o no haber un factor de edad o etnia involucrado. Otro caso podría ser que culturalmente hablando sea necesaria la construcción de determinada masculinidad en hombres mayores (en los que hoy llamamos

ciudadanos de oro). Lo importante es investigar esta diversidad de construcciones, su fluctuación o cambio y cómo se apropian de la realidad. La idea es que con su estudio podamos no sólo comprendernos mejor sino provocar cambios que nos favorezcan como seres humanos (en constante relación unos con otros).

3. Tengamos presente que las construcciones femeninas y masculinas residen en la mente de personas físicas. Por tanto, vamos a encontrar concordancias entre el sexo que biológicamente tenga un cuerpo determinado y este tipo de construcciones, es decir, que lo masculino se asocie con los cuerpos de los hombres y lo femenino con los cuerpos de las mujeres. De ahí, por ejemplo, que podamos categorizar un cuerpo de un hombre como muy masculino, y sentir agrado, o, por el contrario, incomodarnos ante el mismo cuerpo si es muy afeminado. Sería interesante estudiar si en nuestra época histórica, esta asociación se sigue dando o ha fluctuado. Sin embargo, las construcciones masculinas y femeninas trascienden los cuerpos. También está, como decía Connell, los cuerpos y lo que los cuerpos hacen. En esta medida, las acciones que los seres humanos realizamos se impregnan, se clasifican o se perciben como masculinas o femeninas, en otras palabras poseen construcciones de este tipo. Se sugiere aquí afinar más la vista, pues, por ejemplo, cierta acción típicamente femenina puede ser asumida como masculina sin ningún problema si es desarrollada en hombres mayores. Tengamos presente que las construcciones masculinas y femeninas se van a crear para impregnar no solo los cuerpos de las personas y las acciones de los cuerpos, sino también sus movimientos (quien discutiría que vemos los movimientos corporales como poco o muy femeninos o masculinos). Esto se da por el tipo de construcción masculina o femenina que rige en el nivel de pensamiento tomando en cuenta las variables que antes habíamos mencionado. No obstante, esto no se limita y la misma situación ocurre con las instituciones sociales y los espacios físicos (como los lugares de diversión, el boliche, los billares o lugares como los salones de belleza). Sin lugar a dudas, encontraremos

muchas concordancias entre las construcciones masculinas y femeninas que rigen los cuerpos, las acciones y los espacios pero esto no siempre se da así. Es de suma importancia anotar que para nosotros estas construcciones simbólicas son naturales. Es decir, ni siquiera las percibimos como construcciones. Ahora bien, no debemos tampoco pensar que por ser construcciones simbólicas son malas y no debemos tenerlas, que hay que eliminarlas. Tan útiles e indispensables son como las construcciones materiales. ¿Quién podría pensar en destruir y no volver a formar una sola construcción material: nada de casas, nada de edificios, nada de chozas, nada de nada? Estudiamos la historia de las construcciones materiales, las analizamos, las determinamos y aplicamos la creatividad para mejorarlas, en teoría, para nuestro beneficio. Apliquémosles a las construcciones simbólicas los mismos pasos.

4. Un factor importantísimo que no debemos pasar por alto es el biológico. Bourdieu afirmaba que los cuerpos no están ni totalmente determinados ni totalmente indeterminados biológicamente. Por tanto, podemos considerar que la base biológica es diferente en los seres humanos aunque compartida en mayor o menor medida por grupos. Esto quiere decir que deberíamos considerar esta diversidad también. La influencia biológicamente va a variar y la generalización excesiva no es muy pertinente. Al menos deberíamos manejarla por grupos más específicos o casos individuales. Lo que no podemos es obviarla del todo. Es muy posible que factores biológicos influyeran en las construcciones simbólicas masculinas o femeninas. Sin embargo, no perdamos de vista que éste es un factor más, no el único. El problema es la generalización. Supongamos que se ha formado una construcción masculina para los hombres jóvenes, cartagineses y de clase media. Continuando con la suposición, la determinamos y nos damos cuenta que los factores históricos y de posición en los sistemas de producción no cuentan. También puntualizamos que sus características son ser atléticos (muy musculosos), dulces e intelectuales. Lo cruel de esta situación es que la construcción simbólica no va a concordar en muchos casos con la biología de

un cuerpo equis. En términos generales, existen muchas diferencias anatómicas, de composición hormonal y otras que marcan diferencias bastante sustanciales en los cuerpos de los seres humanos. Queda por estudiar hasta qué punto y en qué medida lo biológico realmente influye las construcciones simbólicas y entender que, de todas formas, la construcción va a dirigirse a una colectividad y que, dentro de esa colectividad, muchos van a quedar marginalizados al no poder cumplir con los estándares simbólicos. Entonces, a parte de ir estudiando las construcciones simbólicas y replanteándolas en la medida de lo posible –todo es un proceso, no es automático– para mejorar aquellos puntos que nos perjudican tanto; debemos crear consciencia de que existe una diversidad, fomentar un respeto a la diferencia para no martirizar a aquellos que no cumplan con los requerimientos de las construcciones simbólicas. Para citar un ejemplo, se ha determinado que en tiempos en que se estaba forjando el estado nacional costarricense, paralelamente, se desarrolló una construcción masculina en los hombres blancos de clase alta. Dentro de las características se encontraba la intelectualidad (que abarcaba un conocimiento extenso de las ciencias y las artes, según la clasificación de la época). Como no vemos la construcción sino un “algo” que debe ser, que es lo natural. Cabe preguntarse ¿y si a la hora de aplicar esta construcción a la persona, ésta no poseía lo necesario, biológicamente hablando, para ser el nombrado intelectual?, ¿qué sucedía con esta persona? y ¿qué tipo de marginalización sufriría?

5. Cuando se habla del factor biológico, debemos tener precaución pues podemos confundir un fenómeno que ya Bourdieu (2000) planteo en su libro *La dominación masculina*. Hubo una asociación simbólica en relación con la composición corporal y sus movimientos que desembocó en lo que llamaremos una herencia simbólica. Por ejemplo, al hombre se le asoció con el afuera (por la ubicación de sus genitales) y a la mujer con el adentro. De allí los espacios: el hombre con el fuera de la casa y la mujer con las emociones y el adentro: el hogar y el dentro de la casa. Las construcciones poseen este tipo de

herencia simbólica en su composición y esta debe ser replanteada pues ha ayudado a establecer el orden del mundo como lo conocemos y éste, sin lugar a dudas, puede mejorarse.

Un comentario final, motivador y acertado lo da Connell (1995), en este punto, cuando afirma que al reconocerse el género como estructura social, éste debe ser visto como un producto de la historia pero, también, como un productor de la historia. Como bien lo afirma, no se debe perder de vista que la realidad social es dinámica en el tiempo. Estamos muy habituados a reconocer lo social como menos real que lo biológico y lo que cambia como menos real que lo que permanece igual. No obstante, ninguna otra especie aparte del ser humano produce y vive en la historia, reemplazando la evolución orgánica con nuevos factores de cambio. Ese “inaccesible” cambio social que nos lleve a mejores formas de convivencia se ha ido dando, así que la labor que nos queda bien vale el esfuerzo, esa violencia simbólica de la que nos habla Bourdieu y que mencionamos al inicio de este artículo puede ser replanteada, deconstruida, en efecto, al igual que las construcciones simbólicas que sean necesarias.

Notas

- 1 Región perteneciente a Argelia. Bourdieu escoge analizarla en su libro *La dominación masculina* pues considera que es una de las pocas regiones que mantiene su tradición sin mayor influencia y que, además, no se ha analizado.
- 2 Todos los grupos feministas coinciden en llamar patriarcal la estructura social que privilegia al hombre en la organización social. No obstante, difieren en otros puntos y enfoques y es necesario tenerlo presente a la hora de nombrarlas.

Bibliografía

- Amoretti Hurtado, María. 1996. “La integración de las ciencias en la práctica”. En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. XX(1): 107-108.

- Amoretti Hurtado, María. 1993. "Hablemos del discurso". En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XVII (2): 209-212.
- Anderson, Benedict. 2000. *Imagined communities*. New York: Verso.
- Barthes, Roland. 1995. *La lección inaugural*. México D. F: Editorial Siglo XXI.
- Barbas Rhoden, Laura. 1999. "Lecturas feministas del pasado colonial en *Asalto al paraíso* de Tatiana Lobo". En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XXIII (3):17-23.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Calvo, Yadira. 1984. *Literatura, mujer y sexismo*. San José: Editorial Costa Rica.
- Calvo, Yadira. 1990. *A la mujer por la palabra*. San José: EUNA.
- Catalá, Rafael. 1990. "Para una teoría latinoamericana de las relaciones de la ciencia con la literatura: la ciencia y poesía". En *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. XXVIII (67/68): 215-223.
- Connell, R.W. 1995. *Masculinities*. Los Angeles: University of California Press.
- Cros, Edmund. 1986. "Sociocrítica". En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol.10: 96-100.
- Derrida, Jacques. 1994. *Márgenes de la filosofía*. San José: Ediciones Cátedra.
- Derrida, Jacques y Geoffrey Bennington. 1994. *Jacques Derrida*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Derrida, Jacques. 1971. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Derrida, Jacques. 1989. *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Ediciones Piados Ibérica, S. A.
- Duncan, Quince. 1985. "El modelo ideal de la mujer, un análisis ficcional de estereotipos sexistas de la narrativa costarricense". En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol.9: 97-102.
- Esquivel Rodríguez, Zulema y Betsy Sánchez. 1995. *Estereotipos Femeninos en Cuatro Novelas Costarricenses*. Tesis de Licenciatura en Filología Española: Universidad de Costa Rica.
- Gilbert, Sandra and Susan Gubar. 1984. *Madwoman in the Attic*. New Haven and London: Yale U.P.
- Grimal, Pierre. 1997. *Diccionario de Mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.
- Guerber, H. A. 2000. *Grecia y Roma*. Madrid: Edimat libros.
- Kessler, Suzanne J. y Wendy McKenna. 1978. *Gender: An ethnomethodological approach*. New York: Wiley.
- Krakusin, Margarita. 1999. "Reconstrucción de una heroína: Pancha Carrasco reclama". En *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XXV (1): 9-15.
- Láscaris, Constantino. 1961. Traducción *Discurso del método*. San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.
- Macaya Trejos, Emilia. 1992. *Cuando estalla el silencio*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

- Macaya Trejos, Emilia. 1999. "La construcción de la femineidad en la literatura de occidente: su génesis en el mito grecolatino". En *Revista de Filología y Lingüística*. Vol XXV (Extraordinario): 205 – 211.
- Moi, Toril. 1988. *Crítica literaria feminista*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Murillo Barrios, Xinia. 1992. El rol femenino en el cuento de Julieta Pinto. Tesis de Licenciatura: Universidad de Costa Rica.
- Ovares, Flora, et al. 1993. *La casa paterna*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Picado, Manuel. 1973. La Ruta de su Evasión de Yolanda Oreamuno. Tesis de Licenciatura: Universidad de Costa Rica.
- Real Academia Española. 1992. *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima primera edición. Madrid: Espasa.
- Robles Mohs, Ivonne. 1989. "Fedra: una confesión deconstruida". En *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol.XIII (1): 149-155.
- Rose, Sonya O. 1992. *Limited Livelihoods: Gender and class in nineteenth-century England*. Berkeley: University of California Press.
- Segura Montero, Alberto. 1983. Lectura ideológica de Magdalena. Tesis de licenciatura en Filología Española: Universidad de Costa Rica.
- Senior Grant, Alder. 1997. "Marginalization through race, class and gender in Dolores Joseph's "Adina". En *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. Vol.XXIII (2): 5-10.
- Sommer, Doris. 1993. *Foundational fictions: the romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Soto Quesada, Rosa María. 1991. Degradación y discurso en personajes femeninos. Tesis de Licenciatura en Filología Española: Universidad de Costa Rica.
- Vallejo, Catharina. 1998. "El espejo creativo de Emilia Macaya". En *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol.XXII: 15-20.
- Vallejos-Ramírez, Mayela. 1989. "Hacia una desmitificación femenina en Los delitos de Pandora de Julieta Dobles". En *Káñina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. Vol.XXII: 19-45.